Contar mentiras para salvarse

Eduardo Halfon profundiza en 'Monasterio' su pulso entre ficción y memoria

CARLES GELI
Barcelona



El escritor guatemalteco Eduardo Halfon. / GIANLUCA BATTISTA

"Yo soy judío y árabe", lanza Eduardo Halfon (Guatemala, 1971). No lo hace por epatar sino que es la constatación de años de búsqueda de su identidad, y ha llegado a la conclusión de que, como todas, "es una construcción". Ese es el río subterráneo que fluye en *Monasterio*, su última —y como todas "breve horizontalmente pero profunda verticalmente"— novela de claro signo autobiográfico. No es casual que el casi opúsculo inaugure línea editorial en Libros del Asteroide, que creada en 2005 sigue configurando también su identidad y ahora, tras arrancar con clásicos modernos de no menos de una década de antigüedad y ampliar sucesivamente a la no ficción literaria (2007) y a la narrativa extranjera contemporánea (2009), decide incorporar inéditos en castellano.

"Tengo abuelos egipcios, libaneses y sirios y son judíos de allí; de muchas palabras debo preguntar si su origen es judío o árabe, me ocurre lo mismo con la comida...", cuenta Halfon como enésima constatación de lo compleja que es la vida y los sentimientos. Como los de los dos hermanos guatemaltecos recién aterrizados en Tel-Aviv para la boda de su hermana con un judío ortodoxo ("pero que no quieren estar ahí") protagonistas de su novela, que como todos sus 11 libros anteriores (seis en España) "es una búsqueda de raíces, de comprender la identidad, mi identidad".

No lo tiene fácil el autor de *El boxeador polaco* y *La pirueta* con las que *Monasterio* construiría "una rayuela literaria" que tiene a su abuelo polaco, que pasó por Auschwitz, como espoleta. Con apenas 10 años, Halfon emigra con sus padres a EE UU donde se hace ingeniero industrial "de formación y de carácter", algo que se nota en la estructura de sus obras y sus frases, todo felizmente corto y cartesiano. Y luego regresa a Guatemala, pero "con el español perdido". Está totalmente desubicado. Tampoco es lector ni tiene libros en casa. "Es un mundo que ignoro hasta que, con 29 años, en un proceso vertiginoso y azaroso, me convierto en lector obsesivo y curso Filosofía y Letras y cambio; me *enquijoté*", define con humor de *connaisseur*.

> El autor escribe en castellano, aunque emigró a EE UU siendo niño

> Se define como judío y árabe: "Toda mi obra versa sobre la intolerancia"

Desde 2003, con *Esto no es una pipa*, *Saturno*, Halfon ha publicado una media de un título por año. "Mis referentes son más norteamericanos, me gusta Faulkner, Poe, Joyce, pero sólo escribo en castellano: tengo un diccionario a la par, aunque me pasa cada vez menos tener que consultarlo". El dominio ha sido tal que en 2007 fue escogido entre los 39 mejores escritores latinoamericanos menores de 39 años.

La opción lingüística tiene su lógica. "Mi infancia fue en español y mis libros siempre van a la infancia", admite. Toda su obra es "un retroceso narrativo a mis orígenes y un acercamiento a la intolerancia religiosa y cultural". Y, tras pensarlo, añade: "También está el tema de la salvación y la palabra como poder de salvación, y cuántas mentiras estamos dispuestos a contar o a escuchar para salvarnos".

Todas las ficciones de Halfon están amasadas en la realidad. "El arranque es muy próximo a mí, el autor siempre tiene mi identidad, suele llamarse Eduardo... Soy y no soy a la vez", vuelve. El peso del judaísmo también es una constante vital. "Lo tengo más como cultura que como religión; me interesa mucho más como fuente de historias; necesito estar lo más lejos posible de él para verlo con objetividad, aunque eso implica el rechazo de mi familia".

Cabeza afeitada, barba y bigote completos y poblados, nariz recta y notable, gafas redondas, Halfon no duda en decir que "se debe ser judío a veces", como tampoco titubea el narrador a la hora de rechazar el judaísmo ortodoxo: "Verlo cuando visité Jerusalén me provocó cierto desasosiego. No es sólo el pulso Israel-Palestina, está este, con una comunidad ultraortodoxa que mantiene un gueto físico incluso". De ahí una de las imágenes del libro, la de un hombre ahogándose en sus *talit* [especie de manto utilizado normalmente por hombres en el culto] : "Lo que debería salvarle le estaba ahogando", explica Halfon. En la obra, escribe: "Ese discurso del judaísmo no como religión sino como genética, sonaba igual que el discurso de Hitler". Halfon tuvo una hermana ortodoxa. "Ya no lo es, afortunadamente".

Hay siempre en la obra del autor guatemalteco música explícita de fondo ("es el arte en mayúscula, hubiera querido ser músico"), un punto de erotismo —"de pre-erotismo; el flirteo, la seducción mejor", puntualiza— y algo de humor. "Ilegan en el momento más solemne. Busco desarmar al lector". Igual que cuando cuenta la historia de un personaje que se salva de los nazis al disfrazarse, "o sea, por mentir, por cambiarse la identidad", vuelve al inicio el escritor-personaje, a la que es la razón de toda su obra. Un bucle vital. "Uno de los dos Halfon tiene que morir para que esto pare", concluye.

UN MUNDO AHÍ FUERA

LA FÓRMULA DE LA FELICIDAD



JAVIER SAMPEDRO

Cuando al juez Potter Stewart del Tribunal Supremo de Estados Unidos le pidieron que definiera la pornografía, él respondió: "La reconozco cuando la veo". La felicidad es otro de esos conceptos contra los que se estrellaría cualquier lexicólogo. El libro gordo dice que la felicidad es "satisfacción, gusto y contento", lo que deja un regusto insatisfecho, disgustado y descontento, y ahora va a corregir en la 23ª edición a "persona, situación, objeto o conjunto de ellos que contribuyen a hacer feliz", que es exactamente lo mismo que no decir nada. ¿Qué es la felicidad, preguntas? Bueno, la reconozco cuando la veo.

La felicidad ha sido siempre una cuestión más filosófica que científica. Si la vida merece la pena vivirse, arguyó Aristóteles, será porque tiene algún objetivo que es un fin en sí mismo, tan deseable que no tiene sentido cuestionarlo, una especie de bien tan manifiesto e irrebatible como la luz del amanecer. El gran pensador estagirita fue incluso capaz de reducir todas las cosas buenas a tres campos de actividad, o tres asignaturas para septiembre: la vida filosófica, la vida política y la vida voluptuosa. Estaban locos estos griegos.

Y créanme una cosa: cuando un filósofo se pone en ese plan político y voluptuoso, en esa búsqueda del significado último o del bien incuestionable, en esa búsqueda de consensos que no requieran argumentos, lo que quiere decir en realidad es que se rinde: que es el momento de transferir el asunto al departamento del piso de arriba, el que se ocupa de conocer la naturaleza humana. Llámenlo neurología, psicología experimental o ciencias del conocimiento, pero esa es la cocina donde ahora mismo se cuecen las respuestas a todas esas preguntas que atormentaron a Aristóteles. ¿Existe un bien tan obvio que constituya un fin en sí mismo, un objetivo tan deseable y autojustificado que no tenga sentido cuestionarlo?

La buena noticia es que ya conocemos la respuesta: es la felicidad, estúpido. Y la mala es que seguimos sin saber en qué consiste eso.

Un estudio del University College de Londres acaba de aportar a la cuestión un ángulo notable: la fórmula de la felicidad. En un trabajo técnico publicado esta semana en *Proceedings of the Nacional Academy of Science* de Estados Unidos, los científicos presentan un modelo matemático capaz de predecir la felicidad de 18.000 personas de todo el mundo. Los lectores con inclinación matemática pueden consultar la ecuación en www.eurekalert.org. El resto haría mejor en inhibirse. La fórmula se alimenta de números que miden la actividad de los circuitos dependientes de la dopamina —el neurotransmisor crucial de los circuitos de placer del cerebro, la brújula de nuestro comportamiento—, como la influencia de factores ambientales sobre el ánimo, su cercanía en el tiempo, la cuantía de las recompensas por ganar en algún tipo de apuesta y otros parámetros experimentales. Y produce un número que significa si eres muy feliz, regular feliz o un infeliz. Poca palabrería y matemáticas solventes: ¿quién desea más?

¡Ay, quién fuera filósofo! Para hacer felices a tus clientes te bastaría aconsejarles el razonamiento, la política y la voluptuosidad. Como científico solo puedes arrojarles encima una ristra de sumatorios y subíndices como para disuadir a una acémila y esperar sentado a que alguien te escuche. Oh, vamos.

press reader Printed and distributed by PressReader PressReader.com + +1 604 278 4604 COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW